

de la memoria del muchacho, y por eso el narrador «no pone ninguna distancia entre su ser de ahora y su ser de entonces». La música es la que provoca la memoria en espacios donde, a falta de «magisterio humano», se convierte a la naturaleza en «modelo de perfección interior»; de ahí la identificación entre Doña Felipa, intérprete de las necesidades indígenas, y el río. A su vez, esto permite que el protagonista pueda tener una segunda vida, en la que se confunden los mitos colectivos con los mitos personales de Ernesto, el protagonista.

La parte más polémica de estos tres ensayos está contenida en el último de éstos, cuando Paoli examina *Todas las sangres* y *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, tras señalar que Arguedas escribió sus mejores novelas mientras «se mantuvo fiel a su memoria serrana». Memoria que en *Todas las sangres* cede ante inquietudes sociológicas o políticas. Esa memoria era sólo posible —de acuerdo con Paoli— en relación al mundo que Arguedas conocía (tal vez como provinciano que regresa al terruño o como adulto basado en la memoria del niño) y no a Chimbote. En otras palabras: parecería que lo mejor de Arguedas estaría sujeto al mantenimiento de esa «utopía arcaica» que Mario Vargas Llosa atribuía a Arguedas. Creo que lo sostenido por Paoli es un acierto desde el punto de vista estético, pero que, como documento cultural y experimento literario, *El zorro de arriba y el zorro de abajo* es uno de los más importantes si se tiene presente la andinización cultural de ciudades como Lima, de la que tanto se suele hablar ahora, incluso a partir de la llamada economía informal. Guarda también relación con los continuos llamados que Arguedas hizo a fin de que se crease una antropología de emergencia. En este sentido, no es del todo incomprensible que Arguedas dejase inconclusa una novela cuyo tópico era tan moderno. Creo que *El zorro de arriba y el zorro de abajo* podría verse, también, como el intento de recuperar esa autenticidad lírica —ausente o disminuida en *Todas las sangres*, como lo dice Paoli—, pero en condiciones diferentes, ya que la cultura del adulto no necesita, o necesita menos, de la memoria del niño. Por el contrario, requiere más de la memoria (aun desquiciada) de migrantes que en poco o nada se parecen a los «chalos» de *Yawar Fiesta*. Es evidente que la relación entre mundo indígena y autoridad, que tanto preocupó a Arguedas alrededor de 1940, como bien lo señala Paoli, ha sido desplazada. Este desplazamiento es también un índice de que Arguedas comenzaba a preocuparse ya no tanto por esa cultura que desaparecía, sino por la cultura que esos campesinos, convertidos en desocupados, ambulantes o proletarios, estaban creando en un medio ambiente que nunca les había sido propicio o favorable, pero que terminarían por dominar culturalmente.

GUIDO A. PODESTÁ

*University of Minnesota.*

GABRIELLA DE BEER, *Luis Cabrera. Un intelectual en la Revolución mexicana*. México: Fondo de Cultura Económica, 1985.

Gabriella de Beer, conocida estudiosa de la Revolución mexicana y de sus más notables escritores, nos da en esta obra la actuación de Luis Cabrera (1876-1954), uno de los hombres más orientadores de ese período. Son bien conocidas las obras de muchos de los escritores de la época: Mariano Azuela con la *Revolución en marcha* y Martín Luis Guzmán con sus *Memorias de la Revolución*, por nombrar solamente a los más conocidos. Luis Cabrera no es novelista, pero también se incor-

pora a la Revolución, y la vive, no para narrar, sino para observar y analizar los acontecimientos con el fin de proyectarlos hacia un futuro que prevé próspero y estable para su patria. Gabriella de Beer nos lo presenta como hombre de gran cultura, hábil jurista, excelente ensayista e incansable periodista que se impuso el deber de fustigar, denunciar y aconsejar a los protagonistas de ese drama tan humano que es la Revolución mexicana.

La mayor parte de los artículos periodísticos de Cabrera son verdaderos ensayos, de pluma ágil y elegante prosa, llenos de sensatez, en los que despierta la conciencia del pueblo mexicano, señala los peligros que rodean a la Revolución, fustiga a los malos políticos y advierte a los dirigentes, desde Madero hasta Cárdenas, de los peligros que trae consigo la apetencia del poder y la lucha por alcanzarlo. Cabrera, ardiente defensor de la reforma agraria, escribió numerosos artículos demostrando en ellos no solamente la base económica de la reforma, sino el vínculo espiritual que une al campesino con su tierra y su devoción ancestral por el ciclo creador de la naturaleza.

El libro está dividido en once capítulos y un apéndice. En todos ellos es de admirar la imparcialidad con que la autora señala los hechos y presenta el importante papel que Cabrera asumió en ellos. En el primer capítulo, «Luis Cabrera: la vida de un intelectual», se analiza, más que la vida del hombre, los acontecimientos en que se vio envuelto y su actuación e influencia en los cambios políticos, sociales y económicos del país. Este capítulo es un excelente y claro resumen de los antecedentes de la Revolución, del papel desempeñado por sus principales dirigentes y de las consecuencias de las discordias entre ellos. Está muy bien documentada la participación de Cabrera en la evolución política de la Revolución en marcha y la labor realizada por éste en tiempos de paz.

En cada uno de los siguientes capítulos la autora presenta un aspecto del desarrollo de la Revolución y las relaciones entre sus principales dirigentes, unas veces unidos y otras adversarios en una misma causa, pero siempre teniendo a Cabrera como juez sereno y previsor. No podía faltar un capítulo sobre los «científicos» (cap. III), generación salida de la escuela preparatoria organizada por Gabino Barrera a instancias de Juárez. Siempre ha sido motivo de controversia la actuación de los «científicos» en la vida mexicana. Cabrera los fustiga en sus escritos porque, según él, estos «científicos», debido a su formación en la ideología positivista, carecen de ideales, y así, se colocan entre los dos partidos básicos de la política mexicana y siempre apoyarán al partido que más sirva a sus intereses.

La envidia y los encontrados sentimientos que toda Revolución crea no dejaron de atacar a Cabrera, especialmente durante los años que desempeñó el cargo de ministro de Hacienda, durante la presidencia de Carranza (cap. XI). El amplio conocimiento que tenía Cabrera de las leyes y las finanzas le hicieron tomar medidas que no siempre obtenían la aprobación de todos, pero que estaban llenas de previsión al servicio de la patria. Gabriella de Beer expone tanto las opiniones favorables como las adversas, sin hacerse eco de ninguna de ellas, ya que juzga que los resultados obtenidos por Cabrera son el mejor testimonio.

Los años de paz (cap. VIII) nos muestran un incansable Luis Cabrera, que siguió trabajando afanosamente y demostrando que la prensa es un excelente medio para servir a la patria. Así, abogó por los derechos de la mujer en una sociedad dominada por hombres; intervino en el patrón moneda; censuró el uso de la bomba atómica; también los procedimientos de expropiación del presidente Cárdenas, al que Cabrera aconsejaba moderación para que el procedimiento no tomara las vías del comunismo. El último capítulo presenta las respuestas a un cuestionario prepa-

rado por Gabriella de Beer. Las preguntas formuladas son de una gran sagacidad, ya que la autora tuvo que tener en cuenta que Cabrera no es contemporáneo, pero tampoco está tan lejos en el tiempo para que se le pueda dar perspectiva histórica. En las entrevistas a parientes, amigos, colegas y conocidos de Cabrera es evidente la altura intelectual y moral en que se tenía a este hombre, que supo renunciar a los más altos cargos públicos para poder dedicarse enteramente al servicio de sus compatriotas. En el apéndice figuran las preguntas formuladas a los entrevistados en el capítulo XI; una bibliografía de libros, folletos y artículos periodísticos de Luis Cabrera; artículos sobre él, y una valiosísima bibliografía de libros de consulta para estudiar la Revolución mexicana.

*Luis Cabrera* fue hábilmente traducido del inglés por Ismael Pizarro y Mercedes Pizarro, y se avalora con fotografías de Cabrera en diferentes épocas y también de sus familiares.

Gabriella de Beer nos da en este libro una clara visión de Luis Cabrera como estadista, pero también nos hace ver al hombre de letras, al estudioso de la lengua española y su constante preocupación por el buen uso de ella; sus estudios humanísticos, y su certera crítica sobre autores coetáneos como Vasconcelos. Pocas veces un libro tan documentado, tan lleno de datos sobre una época complicada, puede leerse tan amenable y puede ser inspiración para futuras investigaciones.

SUSANA REDONDO DE FELDMAN

*Columbia University.*

ANTONIO R. DE LA CAMPA y RAQUEL CHANG-RODRÍGUEZ, *Poesía hispanoamericana colonial. Antología*. Selección, estudio y notas de A. de la C. y R. Ch.-R. Madrid: Editorial Alhambra, S. A., 1985.

Bienvenida esta antología de la *Poesía hispanoamericana colonial*, con su bien informada y útil síntesis histórica que la preside, sus notas, acertados juicios críticos y bibliografías (general y para cada capítulo y autor incluido), que viene a llenar un vacío por demás notorio en el estudio de nuestras letras. Porque mientras períodos como el modernismo y la poesía del siglo XX cuentan con crecido número de florilegios, parnasos y otras exposiciones, para hallar textos de nuestra poesía colonial hay que ir a buscarlos a las antologías generales (desde J. M. Gutiérrez a Calixto Oyuela o Julio Caillet-Bois, por ejemplo) o debemos recurrir a las recopilaciones hechas para cada país hispanoamericano: Argentina, Chile, México, etc. Además, este volumen, de unas 370 páginas, tiene la ventaja de ser fácilmente accesible y manejable, como texto escolar y como libro de consulta para profesores y estudiosos o simples gozadores de nuestra poesía de los siglos XVI, XVII y XVIII.

Con criterio ya practicado por Julio Caillet-Bois en su *Antología de la poesía hispanoamericana* (Madrid: Aguilar, 1965), tan difundida y necesaria (hasta ahora) como llena de errores y erratas, De la Campa y Chang-Rodríguez reúnen en esta compilación, como no podía ser de otro modo, muestras representativas de la producción poética indígena de América anterior a la llegada de los españoles y la que se produjo con la conquista y colonización. La poesía en la América hispánica, como en la de habla inglesa, no comienza con la llegada de los descubridores; ésta es una verdad históricamente obvia, pero el título de la antología, «poesía hispanoamericana colonial», obligaría a dejar fuera todo lo que no fuese escrito en español.